

ESTÚPIDAMENTE HUMANOS

Resumen/Introducción

La estupidez es una característica humana por excelencia, es una cualidad en la que todos puntuamos en algún grado, por lo que comprender su naturaleza es comprendernos a nosotros mismos. Si bien habría que diferenciar la estupidez como subproducto de la actividad humana, de la estupidez como rasgo de personalidad o de la estupidez como valor social. Cuando el individuo es dominado por la estupidez surge el bobo, el necio, el atolondrado, el engreído, el inmaduro, el burócrata, el divo, el dictador....., pero si la estupidez llega a dominar al grupo tenemos un grave problema que puede acabar en una epidemia: *La cultura de la estupidez*. La estupidez es contagiosa puede infectar a varias personas a la vez en poco tiempo, especialmente niños y adolescentes, se transmite fácilmente por vía televisiva, pero sólo se cura con tratamientos individuales de choque y siempre que se coja en sus primeros estadios. El estúpido no nace sino que se hace y además con mucho esfuerzo y dedicación y en colaboración con sus allegados. Las consecuencias de la estupidez son devastadoras para el sujeto que la padece, pero también para su familia, sus amigos si los tiene, sus subordinados, la sociedad y para el mundo en general porque la historia nos revela que su condición le predispone para acceder a la presidencia de países poderosos.

1.- Estúpidos por consenso

Asumimos que estupidez es sinónimo de cometer errores, de un fallo de razonamiento. Pretender establecer un umbral para la estupidez en función de las diferencias de grado no tienen sentido porque éstas son difíciles de ponderar y porque dependen más del punto de vista que del hecho en sí. Juzgamos más fácilmente como estúpido el acto ajeno que el propio para el que siempre tenemos una explicación a punto. La gravedad de las consecuencias tampoco nos sirve al ser estas impredecibles o estar afectadas por otras variables. Lo mismo ocurre con la complejidad o simplicidad del error ya que lo simple a veces se juzga como descuido y lo complejo como estúpida ambición o prepotencia. Por eso es mejor que no discutamos y acordemos que todos cometemos estupideces, que todos nos equivocamos o cometemos errores, incluso los sabios.

2.- Estúpidos de hecho

Pero afirmar que todos somos estúpidos no es sólo una cuestión de consenso, es un hecho científico e histórico. No se conoce el grado cero de estupidez¹, primero porque como cualquier otra variable psicológica el cero absoluto esquiva cualquier intento de medición, en segundo lugar porque no se conoce sujeto humano que no haya cometido alguna estupidez a lo largo de la vida. De hecho, lo que sí podemos afirmar es que calificamos a una persona

¹ Ni que decir tiene que tampoco se conoce el valor máximo al que el ser humano es capaz de llegar.

como sabia o como lerda en función de la mayor o menor frecuencia con la que comete estupideces, pero en todos los casos cometiéndolas. Tampoco se conoce ámbito de actuación humana en el que a lo largo de la historia no hayan quedado reseñadas terribles estupideces cometidas y sostenidas por amplios grupos de personas, en la filosofía, la ciencia, la medicina, la universidad, la religión, la política, el arte..... (Tabori, 1986).

3.- Estúpidos por listos

Equívocamente se ha relacionado la estupidez con niveles bajos de inteligencia o cultura, pero estas diferencias de nivel sólo afectan al tipo de estupidez y no al hecho de que se ejerza o no la estupidez. Son muchos los grandes y brillantes hombres que reconocidos por su nivel cultural e intelectual nos han dejado por escrito y en sus biografías grandes y graves ejemplos de estupidez. Tampoco son pocas las personas sencillas y poco brillantes que con frecuencia, al cruzarnos con ellas, nos iluminan un camino limpio de muchas de las estupideces con las que nos hemos acostumbrado a vivir. El hombre inteligente y culto comete estupideces más complejas, retorcidas y maliciosas. Las del ignorante y menos capaz son más ingenuas y con frecuencia fruto de su falta de ubicación.

Aunque resulte paradójico la estupidez presupone inteligencia y de ella alardeamos los seres humanos como especie. Si entendemos la estupidez como fallo de razonamiento obviamente asumimos capacidad para razonar. Así pues no sólo hace falta inteligencia para juzgar algo como estúpido sino también para que se nos juzgue como tal. Es verdad que se puede juzgar equivocadamente un acto de estúpido al atribuir capacidad de razonamiento a quien no la tiene. No son pocas las veces que, en actitud contemplativa, me he parado a observar como un individuo insultaba a su animal de compañía por no entender éste ni ejecutar las órdenes que se le transmitían, o por no comprender los sentimientos de su dueño, o por no adivinar sus deseos. Siguiendo nuestra línea de pensamiento, si asumimos que el animal no tiene capacidad para comprender dicha orden ni para razonar o actuar en consecuencia, nos queda preguntarnos, contemplativamente por supuesto, ¿quién es el estúpido? Pero la relación entre estupidez e inteligencia humana es aún más compleja y sublime, porque una de las características fundamentales de la inteligencia humana que claramente la diferencia de la de otras especies es que está dotada de sentido del humor. Podemos reírnos de todo lo que nos resulta absurdo, no lógico, podemos incluso manipular y jugar artificialmente con las situaciones desde edades muy tempranas para volverlas ridículas o estúpidas y provocarnos mutuamente la risa, es el ejercicio inteligente e intencionado de la estupidez. Por supuesto también nos reímos del estúpido natural y

podemos también como intrépida y magnífica manifestación de inteligencia hasta reírnos de nosotros mismos.

4.- Estúpidos en grupo

Como vemos el ejercicio de la estupidez es un acto social y como tal humano porque el hombre es el animal social por excelencia. Puede darse el acto estúpido individual, pero pierde gran parte de sus rasgos más característicos. Al imaginar a un hombre aislado en una isla desierta cometiendo una estupidez sin nadie para reírse, ni para sufrirla, ni para entrevistarle por la tele o nombrarle líder del grupo y así engrandecer y perpetuar la estupidez, la verdad es que el asunto pierde entidad, fuerza, gracia. Si la estupidez es inocua y no daña a nadie ni hay ante quien justificarse, o sólo afecta a nuestro protagonista, aumenta exponencialmente la probabilidad de que éste comprenda su error y por tanto la estupidez tienda a no repetirse y a desaparecer. Si las consecuencias fueran a largo plazo y por tal razón difíciles de descubrir, habría que situarse en el muy humano ámbito de la devastación de los recursos naturales de la isla, algo muy probable ya que no estarían allí los de Greenpeace para denunciarlo, por lo que en tal caso la situación estúpida creada por el sujeto acabaría con su subsistencia y con él terminaría el problema y toda posibilidad de estupidez futura. Si a esto añadimos algo que explicaremos con más detenimiento más adelante y es que en tal situación de aislamiento se carece de las principales fuentes de las que brota la estupidez humana que son lo que podríamos denominar "emociones sociales", queda claro que la estupidez más auténtica pertenece al privilegiado escenario de lo social.

5.- Mentalmente estúpidos

Y lo más interesante y clarificador es que los errores de nuestra inteligencia, de nuestra capacidad de razonamiento, no son fruto de la imperfección del sistema y por tanto indeseables y objeto de erradicación, sino que son un síntoma propio de su maravillosa capacidad de computación y de resolución de problemas.

El hombre es el creador del razonamiento lógico deductivo, es por tanto una habilidad que le pertenece y que puede ejercer con el adiestramiento adecuado. Esta es una forma "infalible" de razonar siempre y cuando se base en conocimiento preciso. Si bien nuestro conocimiento del mundo no es perfecto y por tanto el error es ineludible, para muchos el mero hecho de utilizar este tipo de razonamiento ya sería sinónimo de ausencia de estupidez. El problema es que esta forma de pensar, de razonar y de enfrentarse al mundo es altamente desadaptativa en la mayoría de las situaciones a las que ha de enfrentarse una persona. Para poder aplicar este tipo de razonamiento es necesario contar

con una cantidad ingente de información, de hecho técnicamente la conclusión ya está contenida en las premisas y al razonar lógicamente lo único que hacemos es desvelarla, reordenar la información de una forma más clara. Pero el hombre al enfrentarse al mundo se ha de enfrentar básicamente a la desinformación, nuestra mente ha de tomar infinidad de decisiones a lo largo del día basadas en muy pocos datos. Podemos crear máquinas perfectas que razonen de forma lógica y que jueguen al ajedrez mejor que cualquier ser humano, pero el ajedrez es muy simple, todo está en el tablero. Las piezas siempre se mueven igual, las reglas son claras precisas e inalterables. El ajedrez de lo humano, de lo social, es inalcanzable para un sistema lógico deductivo, éste se bloquearía y no podría dar respuesta alguna ya que el tablero no tiene dimensiones, nunca se conoce la posición de todas las piezas, tanto los movimientos de éstas como las reglas del juego cambian constantemente, ni siquiera el objetivo está definido ni permanece invariable. Nuestra mente juega todos los días multitud de partidas, no las gana todas, no es infalible, comete errores y es estúpida, pero sobrevive, responde, no se bloquea y toma decisiones que en un altísimo porcentaje son suficientemente válidas y por eso estamos aquí, por eso seguimos como especie dentro de la partida y la única incógnita es saber por cuánto tiempo aguantara el tablero nuestra presencia. La peculiar forma que tiene nuestra mente de razonar se conoce en psicología como pensamiento heurístico, es el pensamiento típicamente humano, basado en la experiencia y no en la lógica y es el que tratan de reproducir los sistemas expertos en el ámbito de la inteligencia artificial (Adarraga y Zaccagnini, 1994). Esta forma de razonar dista mucho de ser infalible, pero en cambio es muy útil y razonablemente eficaz.

El funcionamiento de nuestra mente es complejo y no podemos detenernos en exceso para explicarlo, pero bastarán unas pinceladas para comprender parte de su secreto. El pensamiento puro no lleva a la acción, los objetivos de ésta están marcados por nuestros deseos, motivaciones, emociones y sensaciones. Este "sistema senso-emocional" adecua perfectamente y de forma constante nuestra toma de decisiones a las circunstancias externas e internas a la que nos enfrentamos en un momento dado, tanto porque nos permite conocerlas de primera mano como porque selecciona la meta de nuestra acción. La consecución de objetivos sin motivación para alcanzarlos sólo es posible de estar éstos preprogramados, pero en tal caso el comportamiento se vuelve bastante rígido ya que no se reajusta el objetivo a los cambios que se produzcan en la situación.

Nuestro pensamiento consciente tiene una capacidad muy limitada, apenas podemos manejar un puñado de datos simultáneamente, requiere esfuerzo y por tanto genera cansancio mantenerlo funcionando mucho tiempo. En cambio nuestra mente inconsciente almacena y computa infinidad de datos simultáneamente sin que siquiera lo notemos. Es

nuestro inconsciente quien filtra la información que ha de acceder a la consciencia para que ésta no se bloquee ya que obviamente hay que pasarle muy pocos datos, los estrictamente relevantes. ¿Cómo se selecciona la información que ha de acceder a consciencia y la que no? Son muchos los criterios que utiliza nuestra mente, pero sin lugar a dudas uno de los más importantes es el criterio emocional tanto para clasificar y establecer conexiones entre los datos al almacenarlos, así como a la hora de recuperarlos y determinar cuáles han de acceder a consciencia. La carga afectiva asociada a cada dato, situación o vivencia permite tomar decisiones y manejar datos útiles para la tarea con un alto grado de eficacia. Resulta imposible explicarle a un sistema artificial carente de emociones que no puedes relacionarte con cualquier persona como con tu pareja, ni tratar a cualquier niño como a tu hijo o cuándo tu ex - pareja deja de ser receptora del trato dado hasta ese momento o por qué tratar tan parecido al niño que es tu hijo como al adulto que es tu pareja o por qué varía el trato hacia ellos según los días, cuando el único criterio que permite entender las semejanzas y las diferencias entre todas estas situaciones son los sentimientos experimentados hacia la persona en cuestión. Nuestro miedo puede llevarnos a utilizar respuestas similares de huida o ataque en situaciones diferentes (una serpiente o el enfado de mi pareja), así como fijarnos en claves similares para interpretar las señales que nos llegan, pero sin la experiencia de miedo ¿qué datos objetivos compartirían estas dos situaciones para asociarlas entre sí?

Las emociones han sido consideradas en no pocas ocasiones tanto por la filosofía como por la psicología un obstáculo para el ejercicio intelectual eficaz y racional, la principal razón de la estupidez, pero como vemos pretender entender el funcionamiento intelectual y racional de nuestra mente sin ellas, o incluso imaginar siquiera sistemas igual de adaptativos sin esta capacidad es imposible. Son nuestras emociones en sentido amplio una piedra angular sobre la que se sostiene nuestra capacidad de pensamiento y raciocinio, y por ello precisamente la estupidez les pertenece, pero no por ser un defecto de nuestra mente sino por ser en un alto grado responsables de su funcionamiento, el cual tendemos a calificar de inteligente cuando obtenemos éxito y de estúpido cuando las consecuencias no son las deseadas. Bien es verdad que este principio no determina por sí solo el resultado de la valoración final, por ejemplo si introducimos la variable aprecio-desprecio que se siente hacia el sujeto de la acción el resultado de la ecuación tiende a ser constante, por eso hay juicios inapelables de genialidad o idiotez según seamos hijos o yernos. Aunque lo único verdaderamente estúpido es renegar de un sistema capaz de adaptarse rápidamente a una situación, de la que además se tienen pocos datos, simplemente porque no sea infalible.

6.- El auténtico drama

El acto estúpido es inevitable y es un precio muy pequeño a pagar si tenemos en cuenta las posibilidades que nos ofrece nuestra mente. No es un problema grave, incluso hace la vida más divertida, puede que sea incluso el motor de nuestro crecimiento personal pues siempre se ha dicho que se aprende más de un error que de un acierto. Otra cosa muy distinta es tener una actitud estúpida ante la vida. En este caso hablamos de algo mucho más peligroso pero por el contrario evitable. Para entender como se instala la estupidez hemos de fijarnos tanto en aspectos de proceso como de contenido, en cómo se relaciona con sus emociones y de qué se alimenta a diario el alma de ese ser inteligente, emotivo y social que se pasea con displicencia sobre sus dos piernas por el paraíso.

Permítanme que precise mejor la cuestión sobre el proceso con una pequeña metáfora matemática según las posibles "operaciones" entre pensamiento y emoción. Si dividimos el pensamiento que pertenece al ámbito de la consciencia, pequeña y limitada, por las emociones que pertenecen al vasto mundo del inconsciente nuestra capacidad de razonamiento se minimiza, tiende a cero, nos arroja al ámbito del comportamiento animal. Si multiplicamos el pensamiento por las emociones, si ponemos nuestra inteligencia y nuestra capacidad de razonamiento al servicio de las emociones, obtenemos el comportamiento activamente estúpido, el de peores y más devastadoras consecuencias, aquel del que la historia de la humanidad está llena de ejemplos. Si restamos, si pretendemos desvestir nuestro pensamiento y nuestra acción del influjo de las emociones para ganar en eficacia, obtenemos la estupidez pasiva que básicamente afecta al sujeto que la padece. Quien se preocupa de no ser estúpido no vive plenamente, no puede ejercer bien de lo que es. Errar es de sabios no porque hasta éstos se equivoquen sino porque saben que hay que equivocarse para vivir. La estupidez de estas personas es vivir en permanente juicio, tratando de eludir la vergüenza unas veces y mirando con desprecio y vanidad al vecino otras. Pero cuando sumamos pensamiento y emoción, cuando razonamos escuchando el mensaje de las emociones, cuando las tenemos en cuenta y las aceptamos, aprendemos de nosotros mismos y nos vamos acercando poco a poco a la sabiduría. Las emociones no surgen caprichosamente, hablan de nosotros, de lo que nos rodea y de la relación entre lo uno y lo otro, por eso al no tenerlas en cuenta o no comprenderlas, nos negamos y pasamos a ser unos desconocidos para nosotros mismos.

En cuanto al problema del contenido conviene recordar que la historia de la estupidez humana con mayúsculas, es la historia de almas dominadas por emociones como el deseo y la ambición, el miedo, la ira, la pereza, el amor a sí mismo, la vanidad, la envidia, la vergüenza, la culpa.... (Erasmus de Rotterdam, 1508/1984), es la historia de individuos y

pueblos que pusieron todos sus recursos intelectuales al servicio de determinadas emociones.

Sabemos que toda emoción tiene su sentido y su función, así el deseo es el motor para la acción, el miedo nos previene del peligro, la ira nos defiende del enemigo, la pereza busca el ahorro de energía y previene de desgastes innecesarios etc..., pero la inercia que generan es muy peligrosa cuando nos dejamos dominar por algunas de ellas, especialmente si este dominio se alarga en el tiempo. Por eso conviene que nos preguntemos ¿qué emociones conviven con nosotros a diario? ¿cuáles nos mueven más frecuentemente a la acción y determinan nuestros objetivos vitales? ¿Sobre qué emociones se construye nuestra interacción social? ¿De qué estructura emocional dotamos a nuestros hijos? ¿Qué almas forja la cultura que entre todos hemos creado?

7.- La cultura de la estupidez

Una vez que hemos explicado el proceso mental que en lo individual nos lleva a la estupidez con mayúsculas, vamos a fijarnos ahora en la dimensión social de la estupidez. Se trata de desvelar cómo entre todos los estúpidos profesionales somos capaces de tejer una invisible tela de araña, una trampa mortal para el alma, en la que poco a poco quedamos atrapados todos, familias, colectivos, culturas y sociedades enteras.

Hay ciertas emociones que pertenecen y se desarrollan primordialmente en el ámbito de lo social, por tanto las intercambiamos más frecuentemente todos los días, generando así reglas de comportamiento y hábitos sociales que acaban determinando lo que es el éxito y el fracaso, lo estúpido y lo inteligente, lo bueno y lo malo, en definitiva terminan por impregnar completamente la cultura del grupo. Ya no hablamos por tanto de un problema individual sino de una plaga, de una epidemia. Las estupideces cometidas en nombre de estas emociones no son más terribles que las de otras en cuanto a las consecuencias que puedan acarrear, pero tanto su capacidad para el contagio como para instalarse y pasar inadvertidas en el grupo sí las hacen excepcionales. Por otro lado, estas emociones se nos antojan más absurdas ya que apenas generan beneficios excepto en el mero ordenamiento social y pueden ser sustituidas por otras menos propiciatorias de lo que hemos denominado estupidez con mayúsculas.

La vanidad, el orgullo, la envidia (no como deseo de algo sino como de que alguien no tenga más que yo), la vergüenza, la culpa..., son algunas de estas "emociones sociales" peligrosas. Estas emociones tienen en común que utilizan como referencia al otro para determinar la valía de uno mismo, pero el otro no tiene porque importarnos en sí mismo. No nos construyen por dentro, no dejan un poso claro, todo depende en exceso de cómo

quedemos en una especie de juicio interior sobre nuestra valía y de quién sea ese otro de referencia. Nos generan sensación de plenitud o vacío de un momento a otro, según el grado de aprobación / desaprobación o prestigio / desprestigio que esperamos obtenga nuestra conducta del grupo. Favorecen actitudes del tipo "todo vale" con tal de salir bien parados. Fomentan el tránsito por los caminos más cortos y fáciles, así como la utilización como principal moneda de cambio de lo más banal y superficial por ser de acceso universal. Evolucionan como cualquier droga, son las consecuencias a corto plazo (rápidas en intensas) las que controlan nuestro comportamiento y las consecuencias a largo plazo suelen pasar desapercibidas.

Cuando hablamos de grupo no hay que olvidar que se trata del que sirve de referencia a cada uno de nosotros y en función además de cómo hayamos introyectado sus reglas y valores, de ahí que a veces nuestro comportamiento no se ajuste en exceso a las reacciones mayoritarias que nos llegan del exterior. Incluso se puede buscar la popularidad haciendo cosas que nos lleven a perderla. Gracias a los medios de comunicación social de masas el efecto de este tipo de motivaciones emocionales se multiplica y podemos cambiar de grupo de referencia fácilmente ya que accedemos a otras realidades que nada tienen que ver con nuestros círculos cercanos como familia o amigos.

Los sujetos en busca de identidad como niños y adolescentes viajan por este universo con anhelo y vehemencia por lo que sus almas se adiestran a un alto nivel en este juego social. Los adultos que se forjen sobre esta estructura emocional recurrirán a ella de por vida porque no saben buscar el alimento para su alma en otros lugares.

Este camino hacia la estupidez universal nos embrutece pero no duele, estamos perdidos y no lo sabemos, sus terribles consecuencias por no ser inmediatas no las capta nuestra embrutecida alma. Expiamos nuestra culpa ante el "grupo" viendo un tele maratón, pero dejamos que el mundo siga muriendo de hambre o enfermedad mientras sufrimos por no ir a la moda. Los ídolos sociales lo son por ser famosos aunque sean famosos por nada o por caprichos del azar, pero están vacíos de contenido y arbitrariamente los sostenemos y los derrocamos, incluso a los ídolos políticos, con independencia de sus actos y sólo en función de nuestra pertenencia a un grupo de referencia u otro.

8.- El tratamiento

La lucha contra esta lacra social es antigua y no tiene más que un sendero, contra el miedo, coraje, contra la vanidad, humildad, contra la pereza, esfuerzo, contra la culpa, entrega, contra la vergüenza, honestidad, contra la envidia, sencillez, contra la ira, templanza, contra la ambición, austeridad y contra todo lo demás, sacrificio, compasión,

congruencia, constancia..... No invento nada, lo sabemos hace siglos pero tendemos a olvidarlo. Basta que nos eduquemos unos a otros en estas emociones y motivaciones, que sean ellas en las que nos fijemos, las que nos exijamos mutuamente, basta con buscar en ellas nuestro alimento, tratar de sentir las a diario e intercambiarlas generosamente. Es más fácil decirlo que llevarlo a la práctica, pero ese es el reto.

No evitemos sufrimientos a nuestros hijos, enseñémosles a sufrir, no satisfagamos sus deseos, enseñémosles mejor el valor del sacrificio y a ser austeros, no castigemos sólo el daño que infringen, enseñémosles a repararlo y sentir compasión del otro, no les engatusemos, enseñémosles a encarar la verdad, no les comparemos y enseñémosles a quererse y a reírse de sí mismos para que acepten sus limitaciones y defectos en vez de negarlos.

Somos a la vez forjadores de almas y almas a diario cinceladas, se trata de recordarlo y de actuar en consecuencia, como ciudadanos, como padres, como amigos....

Y ya que la estupidez es inevitable aprovechémoslo para reír y para redescubrir nuestra pequeñez, pero no generemos valores y relaciones sociales estúpidas basadas en emociones y motivaciones fatuas. Seamos sanamente estúpidos, pero no enfermemos de estupidez.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADARRAGA, P. Y ZACCAGNINI, J. L. (1994): *Psicología e Inteligencia Artificial*. Madrid: Trotta.
ERASMO DE ROTTERDAM (1984): *Elogio de la locura*. Madrid. Alianza Editorial.
TABORI, P. (1986): *Historia de la estupidez humana*. Buenos Aires. Siglo XXI.